

EGIPTO EN LA NOVELA GRIEGA ANTIGUA ¹

Máximo Brioso Sánchez
Universidad de Sevilla

Para tratar de comprender la importancia de Egipto en la historia de la novela griega se requiere un previo examen de hacia qué fecha y por qué razones este país se convirtió en el escenario más atractivo para los lectores del género. El fin principal de este trabajo es subrayar dos hechos importantes: en primer lugar, que el énfasis que suele ponerse en la constante presencia de Egipto en el género contrasta agudamente con nuestros conocimientos acerca de su desarrollo; en segundo lugar, que también un "antimilagro", y no sólo el "milagro egipcio", mucho más estudiado, contribuyó al fomento de tal interés.

In order to understand the full significance of Egypt in the history of Greek romance it is necessary to examine previously when and why this country became most apt to cater for the reading public. The basic aim of this paper is to stress two important facts. First, the constant presence of Egypt in the genre, so repeatedly emphasized, is in sharp contrast with what we know about its development. Secondly, it is also an "antimiracle", and not only the much more under consideration "Egyptian miracle", what helped towards such a growing interest.

Nadie puede dudar de la importancia que tuvo Egipto para la cultura griega durante toda la antigüedad. Fue, sobre todo, un foco de interés científico y religioso

¹ El autor debe dejar aquí constancia de su agradecimiento por las amables y acertadas sugerencias que en su día le hiciera su amiga y colega Consuelo Ruiz Montero, de la Universidad de Murcia, conocedora como pocos del mundo de la novela griega.

y, además, la puerta por donde los griegos se asomaron, si bien no muy profundamente, a Africa². Todo ello está plasmado en los textos y, en el caso concreto de la novela, los atractivos piadosos y sapienciales son materias muy difíciles de separar, como se ve en especial en el notable caso del personaje de Calasiris en Heliodoro, tan bien estudiado por G. N. Sandy³. Que la novela despliega tal interés también por Egipto es un hecho hace tiempo reconocido, y el propio Heliodoro en frase muy citada, pero cuyo contexto tal vez no se haya tenido muy en cuenta, afirma (2.27.3) que "escuchar y contar todo lo que se refiere a Egipto es lo que más atrae a los griegos".

Pero la historia de las relaciones entre el género novelesco y Egipto no se presta a un esquema simple y en las páginas que siguen vamos a intentar aportar algunos datos y elementos de juicio que la aclaren un poco más. Nos importa ante todo subrayar que ese interés novelesco por Egipto no sólo no se da, salvo alguna excepción, en las novelas más antiguas ni es constante ni está sujeto a una línea uniforme, sino que implica aspectos que también responden a lo que Froidefond bautiza como "antimirage égyptien" y que, según este autor (p.11), sobre todo aparecen en los géneros más populares. Esta última afirmación es seguramente discutible, como veremos más adelante, pero lo que nos interesa por ahora es hacer notar el peso de esas reservas en la novela y mostrar por qué no podemos aceptar como punto de partida la idea comúnmente expresada, y que se lee por ejemplo en B. Lavagnini⁴, de que fue el antiguo esplendor de la cultura egipcia, es decir el celebrado "milagro", el que atrajo la atención de los novelistas hacia este país, que se habría convertido así en un marco natural y prácticamente casi obligado de sus relatos. Y por anticipado podemos decir que no la aceptamos, en lo esencial, porque supone un absoluto desdén hacia la cronología del género y, sobre todo, hacia una obligada distinción de etapas de diversa orientación en su desarrollo.

Es cierto que la cronología de las novelas conservadas, y no digamos ya la de los fragmentos, sin ser tan turbia como en tiempos de Rohde, sigue teniendo puntos oscuros. Por ello trataremos de atenernos a un orden razonable, pero sin dejarnos obsesionar por esta cuestión tan espinosa. Sin embargo, una tarea metodológicamente imprescindible es discernir al menos dos estratos en la historia del

² Dos títulos pueden simbolizar estos dos aspectos: el artículo de C. Préaux "Les Grecs à la découverte de l' Afrique par l' Égypte", *CE* 32 (1957) 284-312, que, no obstante, es ajeno a nuestro tema, y el libro de Ch. Froidefond *Le mirage égyptien dans la littérature grecque d' Homère à Aristote* (Univ. d' Aix en Provence 1971), al que, a pesar de que no abarca la época que nos afecta, pondremos luego algún reparo puntual. Son útiles aún los artículos de R. Goossens "L' Égypte dans l' Hélène d' Euripide", *CE* 20 (1935) 243-253, y P. Gilbert "Souvenirs de l' Égypte dans l' Hélène d' Euripide", *AC* 18 (1949) 79-84, e igualmente la reciente monografía de E. Hall *Inventing the Barbarian. Greek Self-Definition through Tragedy* (Oxford 1989), en particular 112 ss. En un volumen de homenaje al Profesor Presedo, de próxima aparición, ofreceremos con el título "El bandidaje egipcio en la novela griega" una contribución en esta misma línea.

³ "Characterization and Philosophical Decor in Heliodorus' *Aethiopica*", *TAPhA* 112 (1982) 141-167.

⁴ *Studi sul romanzo greco* (Messina-Milano 1950) 66.

género, en una división mínima que con frecuencia es descuidada por los estudiosos y lógicamente con graves consecuencias. Sólo con atender a este principio elemental se convierte en bastante improbable, por ejemplo, un origen de la novela griega a partir de un germen religioso, puesto que, por lo que hoy sabemos, el género en su etapa más antigua es más laico que piadoso. Una prioritaria atención a este criterio nos parece, por tanto, obligada y por ello no podemos compartir, por citar sólo un trabajo reciente, una afirmación como la de C. Grottanelli⁵, el cual ante la problemática de la génesis de los motivos novelescos, que le llevan a la notable conclusión de que "the genre is thus not a product of the Hellenistic age", añade que "the importance of the questions of development and relative chronology of the novels becomes less".

Unido a esta cuestión está otro hecho, que a nosotros nos parece también básico, y que es el de la estrecha relación entre la cronología y la atención en la novela hacia determinados marcos geográficos. Como género nuevo, la novela tantea sus propios caminos, siempre bajo la dependencia del influjo de diversos géneros previos, y a la búsqueda de unos ámbitos geográficos apropiados, por lo que en el curso de su no muy larga historia no es sorprendente que haya aceptado con preferencia unos u otros según las necesidades del género y en función de los gustos de su público.

En la cuestión cronológica baste por ahora que aceptemos que la fragmentaria *Nino* y *Semíramis* y la obra de Caritón, a alguna distancia temporal, representan un punto de arranque adecuado y situable *grosso modo* entre el final de la época helenística y los comienzos del Imperio⁶. Una mayor exactitud sólo nos llevaría a entrar en un fatigoso debate en una materia que no es nuestro tema. Ambos textos tienen, entre otras facetas en común, la de una fuerte influencia de la historiografía clásica, o, si se prefiere, una intensa emulación de ésta, seguramente en un intento de dignificar el género naciente con la referencia a un noble ancestro literario y a la vez al glorioso pasado en él recogido⁷. Pues bien, en estos primeros pasos del nuevo género, y éste es un dato que suele olvidarse, Egipto, como tal país y salvo alguna excepción a la que luego nos referiremos, no tiene prácticamente papel alguno. Es más, cabría incluso aventurar la hipótesis de que la aparición de otros textos novelescos de esa época inicial podría dar un resultado muy semejante. Incluso la aparición de algún "episodio egipcio" más, probablemente a lo sumo al estilo del de la obra de Caritón, no tendría por qué hacer cambiar en sustancia esta opinión, y un cierto indicio de ello puede ser la situación que vere-

⁵ "The Ancient Novel and Biblical Narrative", *QUCC* N. S. 27 (1987) 7-34.

⁶ La propuesta de B. P. Reardon (*The Form of the Greek Romance* [Princeton, New Jersey, 1991] 166) de hacer remontar los primeros pasos del género hasta incluso el siglo III a. C. nos parece sin fundamento alguno. Sobre este y otros aspectos discutibles de este libro reciente cf. nuestra reseña en este mismo volumen de *Habis*.

⁷ Las páginas seguramente más clarificadoras sobre la relación, aunque no genética por necesidad, entre novela e historiografía son las iniciales del artículo de J. R. Morgan "History, Romance, and Realism in the Aethiopia of Heliodorus", *CLAnt* 1 (1982) 221-265.

mos en Jámblico. Dado que los primeros pasos que conocemos del género están claramente bajo la influencia de historiadores como Heródoto, Tucídides o Jenofonte, el ámbito geográfico de estos textos no era de esperar que hubiese de referirse necesariamente y de modo muy particular a Egipto y mucho menos con el énfasis que veremos más tarde en diversos textos. Por ello es un error confundir Egipto como foco o centro novelesco y Egipto como simple escenario de ciertos episodios, como hace a todas luces G. L. Schmeling⁸, un autor que se revela a la vez como un claro simpatizante de la tesis de Barns acerca del supuesto origen egipcio de la novela.

El centro de la geografía novelesca suele ser todavía en general Asia Menor: así Jonia y Persia en *Quéreas* y *Calíroo*, Asiria en *Nino*. El peso de Heródoto, pero sobre todo de Tucídides y de Jenofonte, ha debido ser determinante en esta preferencia. En *Nino* el texto conservado hace alguna alusión a Egipto, en Caritón los rebeldes egipcios (dirigidos por un "rey" -6.8.2- que el novelista ni siquiera tiene interés en nombrar) combaten la tiranía persa, pero en ambos casos Egipto es propiamente ajeno a los respectivos argumentos: un hecho ante el que se hace difícil sostener unas tesis como la del citado Barns y la de B. P. Reardon sobre esa presunta y especial relación entre Egipto y el origen del género⁹. En particular el dictamen de Reardon¹⁰ de que "le roman primitif est une forme populaire issue du milieu hellénisé d'Alexandrie" aparece a la luz de este balance como una frase bastante huera. Los hechos demuestran que la realidad fue por otro camino, siendo mucho más convincente la opinión de T. Hägg¹¹ de que "the first novels were aimed at the educated classes of the Hellenistic cities of Asia Minor", con el corolario de su arraigo en Alejandría sólo en una etapa posterior. Nada nos autoriza, al menos por ahora, a creer que el género surgió antes de los últimos tiempos helenísticos, cuando ya Alejandría no era el foco cultural tan determinante e indiscutible que antes había sido. Y nadie le negará a autores como Barns y Reardon (la relación con los textos bíblicos es por ahora mucho más nebulosa) que en la narrativa griega ha habido, y desde siempre, elementos orientales, como es evidente en el caso por ejemplo de las *novellae* de corte herodoteo, pero de ahí a aceptar un núcleo egipcio como base determinante para el origen de la novela y un papel tan esencial para el Egipto helenizado media un abismo.

El fragmento (5 Z., 2624 Pack)¹² atribuido a una obra que convencionalmente titulamos *Dionisio* también nos remite a un ambiente de sátrapas y lujos asiáticos,

⁸ *Chariton* (New York 1974) 53.

⁹ Cf. ya las observaciones al respecto de G. Anderson, *Ancient Fiction. The Novel in the Graeco-Roman World* (Totowa, New Jersey, 1984), sobre todo 5 s.

¹⁰ En su libro bien conocido *Courants littéraires grecs des II et III siècles après J.-C.* (Paris 1971) 323. No es fácil saber cómo se compagina esta tesis con la expresada posteriormente, bien que sólo sea de paso, en *The Form of the Greek Romance* (ya citado) 82, sobre la Comedia Nueva como "the most obvious precursor of romance" (cf. luego un desarrollo de esta idea en 102 ss.).

¹¹ *The Novel in Antiquity* (Oxford 1983) 98.

¹² Las cifras remiten a la edición de Fr. Zimmermann (Heidelberg 1936) y al catálogo (en su segunda edición) de Pack. Otro catálogo más reciente de los fragmentos novelescos está hoy disponible

y no es preciso decir nada de *Metioco* y *Parténope* (6 Z., 2622 s. Pack), posiblemente de un tipo muy afín al representado por el texto de Caritón y cuyo punto de partida está básicamente en Hdt. 6.41 y su centro en Jonia o entre Jonia y Persia¹³. En cuanto al episodio sólo en parte conocido de *Herpílida* (8 Z., 2621 Pack), se desarrolla en el marco de las costas en torno a Cos, sin que sea posible conjeturar más allá de una continuación del relato más hacia Occidente.

Entre Babilonia y Siria parece haberse desplegado principalmente la acción del relato de Jámblico, que conocemos sobre todo a través del resumen de Focio y cuya fecha es ya sin embargo relativamente tardía, hacia la segunda mitad del II d.C. La magia, un elemento tan importante en Jámblico, es aquí todavía la de los caldeos, no la egipcia; el malvado de turno, Garmo, es el rey de Babilonia, y los inevitables bandidos son aún salteadores de sus dominios. Todo lo que se refiere a Berenice (17 y 20)¹⁴, la hija de un innominado rey egipcio y luego reina ella misma, no parece ser sino una sección secundaria en el texto original, siempre según el poco claro hilo argumental del compendio bizantino. Hay una relación estrecha, pero oscura para nosotros, entre la princesa egipcia citada y el personaje entre alegórico y real que es la joven Mesopotamia, la cual termina por arribar a Egipto, donde recibe la protección de Berenice. Al menos dos fragmentos posibles de las *Babiloníacas* extraídos de la *Suda* (122 y 123) parecen pertenecer a un contexto marino, y concretamente el 122 asocia una nave que zarpa y una mujer que es embarcada en ella. Una hipótesis razonable es que se trata de ese viaje de Mesopotamia, acompañada de Zóbaras, en dirección a Egipto. Por otra parte, Focio menciona confusamente una guerra a punto de estallar entre Garmo y Egipto (por causa, suponemos, de la protección citada), pero la guerra que luego se recoge en el resumen como decisiva para el desenlace es en realidad la acontecida entre babilonios y sirios. De todo lo cual en conjunto se deduce que Egipto como tal escenario novelesco sigue siendo secundario todavía en Jámblico. Y, como bien dice A. Borgogno, la acción transcurre en su mayor parte "in un'area per Garmo perfettamente controllabile"¹⁵, lo que es lógico ya que la persecución llevada a cabo por éste es el hilo del relato. Cualquier desarrollo "egipcio" debía ser lógicamente lateral y más por afectar sólo a personajes de rango secundario en la novela.

Otros fragmentos apenas nos aportan información y en ellos, además, por su misma precaria condición el problema cronológico se convierte en un escollo

en F. Conca, E. de Carli y G. Zanetto, *Lessico dei romanzieri greci* I (Milano 1983) 12, al que en caso de necesidad remitiremos, con la aclaración C (es decir Conca).

¹³ Sobre los testimonios indirectos que nos permiten entrevéer el argumento cf. H. Maehler, "Der Metiochus-Parthenope-Roman", *ZPE* 23 (1976) 1-20, T. Hägg, "The Parthenope Romance decapitated", *SO* 59 (1984) 61-92, "Metiochus at Polycrates' Court", *Eranos* 83 (1985) 92-102, y "The Beginnings of the Historical Novel", en R. Beaton (ed.), *The Greek Novel AD1-1985* (London-New York-Sydney 1988), sobre todo 177 s.

¹⁴ Las referencias numéricas corresponden a la edición de E. Habrich (Lipsiae, Teubner, 1960).

¹⁵ "Sui *Babyloniaca* di Giamblico", *Hermes* 103 (1975) 117.

casi insalvable. En el del *Sueño* (*P. Univ. Mich. inv. 3378, 2629 Pack, P5 C.*)¹⁶ se lee el nombre de un personaje egipcio, Severis, quizás un mago al estilo del Paapis de Antonio Diógenes; el de la *Crecida del Nilo* (*P. Michael. 4, 2271 Pack*)¹⁷ nos sitúa por supuesto a las orillas de este río. Y en cuanto a la que debió ser una novela acerca del faraón en ella llamado Sesóncosis (2 Z., 2619 Pack)¹⁸, un relato que pudo arrancar de Hdt. 2.102 ss. (sobre Sesostris, es decir el Sesosis de Diodoro 1.53 ss.), sin duda también con abundantes ecos de la *Ciropedia*, y del que sólo tenemos igualmente unos precarios restos, su incierta fecha no debe sin embargo tal vez estar muy lejos de las de *Nino* y Caritón. Si bien su egiptocentrismo debió ser indiscutible, no debe inducirnos a engaño y no constituye un argumento decisivo ni mucho menos contra nuestra tesis. Es la excepción que antes señalábamos, en la que nos movemos no obstante en el mismo tipo de narración de corte pseudohistórico que en el caso de *Nino*, *Metioco* y Caritón. Su dependencia de Heródoto y seguramente de Jenofonte es muy significativa y nos permite sospechar que en ella el escenario egipcio fue elegido por las mismas razones que Jonia en *Metioco* o Asiria en *Nino*, es decir exactamente por esa subordinación a la historiografía y no por una exigencia autónoma del propio género.

En cambio, de los restos del texto de Loliano no se deduce episodio egipcio alguno, en contra de la opinión de los que, como su editor A. Henrichs (Bonn 1972), han defendido tal existencia¹⁹: su argumento (p. 51) de que, escrita antes del 171, esta obra pudo ya recoger un elemento ritual (los sacrificios humanos de los llamados "Vaqueros") es totalmente forzado y ha recibido una adecuada crítica en un importante artículo de Winkler al que nos referiremos más adelante.

Los *Apista* o *Incredibilia* de Antonio Diógenes se escribieron en fecha incierta, pero lo más tarde dentro del siglo II d.C.²⁰. Tienen para nosotros aquí el interés básico de presentar, tanto en el resumen de Focio (*cod.* 166) como en el fragmento con mayor seguridad atribuible a esta novela (10 Z., 95 Pack), a un personaje de origen egipcio, Paapis, que aparece caracterizado como sacerdote, pero sobre

¹⁶ Hay bastantes probabilidades de que efectivamente se trate de un pasaje de una novela: cf. A. Stramaglia, "Due storie di fantasmi raccontate da fantasmi? PMich. inv. 3378 (Pack 2629) e Apuleio, Met. IX, 29-31", *ZPE* 84 (1990) 19-26. S. West, en cambio ("P. Mich. 3378: A Voice from the Grave?", *ZPE* 51 [1983] 55-58), opone algunos reparos, aunque de escaso peso, a este origen novelesco.

¹⁷ Sobre su posible carácter novelesco cf. S. West, "P. Michael. 4: Fact or Fiction?", *ZPE* 10 (1973) 75-77.

¹⁸ Cf. también *P. Oxy.* XLVII (1980) 3319, y posiblemente XXVII 2466, es decir P6bis y P6 C. Sobre este último texto vd. la excelente aportación de C. Ruiz Montero en *ZPE* 79 (1989) 51-57.

¹⁹ Así, por ejemplo, también M. L. Astarita, *Avidio Casio* (Roma 1983) 80 n. 73, Scarcella (citado por Henrichs, 51) y T. Hägg, *op. cit.*, 92. Pero ha sido T. Szepessy ("Zur Interpretation eines neu entdeckten griechischen Romans", *AAnthung* 26 (1978) 29-36, quien ha llevado más lejos esta tesis.

²⁰ Cf. la discusión sobre el tema en la Tesis de K. Reyhl *Antonios Diogenes* (Tübingen 1969) 3-7. Pero el dato de la supuesta parodia de Luciano hoy no tiene ya validez: cf. una crítica demoledora en J. R. Morgan, "Lucian's *True Histories* and the *Wonders beyond Thule* of Antonius Diogenes", *CQ* 35 (1985) 475-490.

todo como brujo y malvado impenitente²¹. En Aquiles Tacio (4.10.2 ss.) un egipcio, en un episodio intercalado en el de los "Vaqueros", procede como médico a un tratamiento contra el misterioso mal que aqueja a la protagonista, y más tarde tenemos conocimiento de un segundo personaje, Gorgias, que para satisfacer su pasión por la misma protagonista utiliza sus saberes en drogas y pócimas (4.15.4). Pues bien, en Antonio Diógenes, Paapis, quintaesencia del poder demoníaco y situado mucho más allá de la maldad elemental de estos personajes y de aquel rey Garmo de Jámblico, es presentado traicionando la hospitalidad de los padres de la heroína en Tiro, donde había hallado refugio "tras haber sido arrasada su patria" (Focio 166, 109 a 31 Henry)²², una expresión que no podemos saber si equivale en el extracto a un relato autobiográfico en el extenso texto de Antonio Diógenes, pero que indudablemente formaba parte, y esto es lo que nos importa ahora, de un episodio egipcio en la novela, por fugaz que éste fuese. En otro momento del resumen (110 a 8 ss.) Paapis reaparece en la corte siciliana del tirano Enesidemo; se menciona su bolsa, en la que guarda sus libros, y el cofre de sus hierbas; luego se nos informa del poder del mago, que puede convertir a las personas en criaturas "muertas durante el día y vueltas a la vida con la llegada de la noche". En el largo relato la presencia de Paapis debía ser constante y realizada además por el hecho de que, como nos indica el resumen, su siniestra actividad se identifica con el destino anunciado por el inevitable oráculo y como castigo de una involuntaria impiedad (110 a 31 ss.). Pero lo que más nos interesa subrayar aquí es el que se haya elegido precisamente a un egipcio como expresión concentrada del mal, un sacerdote dotado de poderes demoníacos y evidente contrafigura del Calasiris de Heliodoro.

Es una simple sospecha, sin argumentos de peso, la idea expresada por Reyhl (pp. 6 s.) de que Antonio Diógenes pudo proceder, como Aquiles Tacio, también de Egipto, incluso más concretamente como miembro de los círculos pitagóricos de Alejandría. Pero, a diferencia de lo que ocurre en Aquiles Tacio, el papel de Egipto, al menos si hacemos caso de Focio, debía ser escaso en el relato como tal y su relativa importancia se debería más bien a un papel simbólico o de referencia como lugar de origen de Paapis y de su maléfica ciencia. El nombre del sacerdote es incuestionablemente egipcio²³ y su parentesco imitativo con el Nectanebo de la *Novela de Alejandro* ha sido señalado por autores como Weinreich y el propio Reyhl²⁴. También tiene un paralelo interesante en el mago egipcio Zatchlas de las *Metamorfosis* de Apuleyo (2.28) y responde como tipo a la estampa, convertida en tópico, del sabio sacerdote egipcio, competidor del mago babilónico, y capaz de

²¹ Es cierto que la mención de Paapis en el *PSI 1177* es sólo una conjetura de Zimmermann, pero bastante plausible.

²² ¿Podría estar aludiéndose a la toma de Menfis por Cambises? Por la fecha del tirano Enesidemo (hacia 490 a.C.) y admitiendo un cierto error, esto no es imposible. Pero la posibilidad de encontrar referentes históricos muy precisos en un autor como Antonio Diógenes parece bastante inverosímil.

²³ Cf. Reyhl, *op. cit.*, 124 n. 5.

²⁴ Cf., de éste, 19 y 122 s. .

una dimensión milagrera o taumatúrgica muy común. Que incluso episodios históricos a los que se asignara un carácter portentoso podían ser atribuidos a nivel más o menos popular a personajes tales nos lo demuestra "el mago egipcio" Arnufis que es mencionado por Casio Dión (71.8.4) como autor del "prodigio de la lluvia" en el marco de la campaña danubiana de Marco Aurelio²⁵.

En algún momento bastante impreciso, pero quizás ya avanzado el siglo II d. C., Egipto adquiere en la novela ese relieve que va a convertirlo en la Meca del género²⁶. Es Jenofonte de Éfeso el primer autor en el que tenemos noticia plena de este paso, que sin duda no casualmente va acompañado de otros tres: el desligamiento del pasado histórico típico de su modelo Caritón, el adensamiento del cúmulo de peripecias y tremendismos folletinescos (un punto este en el que su competidor más próximo pudo ser Jámblico) y un grado incomparablemente mayor de religiosidad, un factor este último explicable por un proceso espiritual muy amplio en este momento histórico del Imperio. Los laberínticos viajes de sus personajes tienen como centro y meta, predestinada por un oráculo, un Egipto tutelado por Isis (cuyos dominios están aún restringidos justamente a Egipto)²⁷ y regido ya por un gobernador (*ἄρχων*)²⁸ y no por un sátrapa. Frente a una etapa previa, que podemos calificar, a pesar de las posibles excepciones, de esencialmente "extraegipcia" y en que Egipto era a lo sumo un escenario oriental más y forzado por la dependencia de la historiografía, Jenofonte toma Egipto como referencia para el género y sólo, que sepamos, Longo y (en caso, claro es, de que éste fuese posterior) Antonio Diógenes serán ahora las excepciones que van a escapar de esta imposición en la nueva etapa. Es más, el que los comentaristas consideren, por ejemplo, muy injustificable que en el relato, poco después de que la joven Antia haya sido llevada a Alejandría para su venta (3.9.1), Abrócomes se encamine a Egipto sin más justificación racional aparente para intentar rescatar a la que él cree ya sólo un cadáver, indica la falta de atención a este fenómeno que condiciona el argumento: la atracción de Egipto, encarnada aquí en la letra de la profecía. La localización asiática del centro novelesco iba generalmente acompañada en la etapa previa de un nivel apreciable de laicismo, que cabría definir como una herencia helenística y quizás también como

²⁵ Un examen detenido de este suceso puede verse en Astarita, *op. cit.*, 66 ss.

²⁶ Como el lector advertirá, dejamos de lado dos obras tan peculiares como *José y Asenet* y *Apolonio rey de Tiro*. La primera muestra una relación bastante oscura y laxa con las novelas aquí investigadas, a pesar de los loables esfuerzos de S. West ("*Joseph and Asenath: A Neglected Greek Roman*", *CQ N. S.* 24 [1974] 70-81), y nuestra opinión es que en ella la lengua griega es un vehículo bastante accidental. La segunda, en que Egipto aparece sólo como un curioso lugar de retiro para Apolonio, pero sin mayor interés, tiene el inconveniente añadido del problema de la existencia (muy verosímil desde luego) o no de un original griego, con las consecuencias cronológicas que ello comporta.

²⁷ Cf. F. Zimmermann, "Die *Ἐφεσιακά* des sog. Xenophon von Ephesos. Untersuchungen zur Technik und Komposition", artículo ahora recogido en H. Gärtner (ed.), *Beiträge zum griechischen Liebesroman* (Hildesheim 1984), en especial 310-315.

²⁸ Claramente en el sentido de *magistratus* (3.12.6, 4.2.9, 4.4.1; cf. también 4.2.7). El que el autor no mencione que se trata de un funcionario romano puede explicarse por el peso de la tradición del género, que excluye por principio todo elemento ajeno al marco de la cultura helenística, de la que se nutre.

un rasgo correspondiente a la influencia de la historiografía. Ahora la atracción egipcia es inseparable, desde Jenofonte, de ese aumento de la religiosidad que va a marcar los nuevos derroteros del género con la excepción notable de Aquiles Tacio. De ahí que no pueda trazarse un paralelismo dogmático entre el marco egipcio dominante y esa dosis mayor de religiosidad (también estaría el obstáculo grave de Longo), pero es un dato que debe tenerse presente. Para el público de los siglos II y siguientes era natural ver ahí una relación, habida cuenta sobre todo del peso creciente del panteón egipcio en la religión del Imperio. Que el mismo público aceptase un paralelismo semejante entre el marco egipcio y la mayor degradación folletinesca es un tema que será debatido más adelante.

Otro aspecto diferenciador de Jenofonte de Efeso respecto al modelo representado por Caritón es el papel concedido al bandidaje, que deja de ser la actividad del grupo pequeño y aislado que aún era en éste. Si bien se da en él todavía un tipo de delincuencia menor, de carácter esporádico y seguramente endémico, como se deduce del episodio de los "pastores" narrado en 3.12.1 s., en cambio la banda que después organiza Hipótoo en Egipto no responde ya a esa categoría del bandolerismo secundario, sino a otro tipo a escala mucho mayor y bien profesionalizado. En 4.1.5 alcanza la cifra de quinientos miembros, que se establecen en las cercanías de Copto, en un paraje muy adecuado por ser paso de mercaderes tanto "hacia Etiopía como hacia la India". Tal cifra y la osadía de estos bandidos pueden en principio responder a un rasgo estilístico conocido, el simple y retórico "sobrepujamiento" de un modelo, pero quizás también a una preocupación mayor por el tema del bandolerismo en su momento. Este empeño dramatizante nos lleva a un auténtico climax cuando la banda de Hipótoo se entrega "a empresas aun superiores" (5.2.1): no se trata ya de atracar a simples mercaderes de paso y caravanas, sino de saquear "poblados y ciudades". Los bandidos viajan ahora con una nutrida recua de acémilas y camellos, arrasan una población (Aria) a sangre y fuego, descienden con una flota por el Nilo hasta Esquedia y, ya de nuevo por tierra, tras recorrer "el resto de Egipto" (5.2.7), terminan por chocar en la vecindad de Pelusio con las fuerzas regulares del gobernador.

Jenofonte ha establecido así un nuevo modelo en el género: la presencia determinante en el argumento de lo que cabe llamar un hampa a alto nivel, nutrido y extremadamente peligroso, revelador de unos estratos sociales degradados y potencialmente explosivos, capaces, como se ve en los novelistas posteriores, de generar incluso una forma local de guerra. Y tal hampa está estrechamente ligada al marco egipcio.

Aquiles Tacio reprime el frenesí viajero de su antecesor Jenofonte, pero sigue a éste en el hecho de abandonar las pretensiones "históricas" del género. Su prosa es incomparablemente más rica en detalles que la de sus modelos y, como ha mostrado Rougé en un punto concreto²⁹, es de una precisión descriptiva muy superior.

²⁹ En la exactitud técnica con que se nos relata un viaje por mar: "Romans grecs et navigation: Le voyage de Leucippé et Clitophon de Beyrouth en Egypte", *Archaeonautica* 2 (1978) 265-280.

Ni siquiera la mención de un "sátrapa" en Egipto (4.11.1 y 13.4) puede juzgarse como un anacronismo particular (en el mismo incurre en todo caso Filóstrato, *VS* 1.22.3) y puede justificarse justamente desde una perspectiva egipcia³⁰, ya que caben pocas dudas de que tal fue el origen de Aquiles Tacio. Por otra parte, el público del género estaba habituado a un sabor añejo en estos relatos, de modo que ficción y pasado se identificaban. Pero el que la *Suda* atribuya al novelista una procedencia alejandrina puede interpretarse en cambio como una mera deducción a partir del papel de Alejandría en la obra y del elogio tan entusiasta de que se le hace objeto en el inicio del libro V.

Tras el consabido naufragio, los personajes de Aquiles Tacio arriban, en dos grupos, unos a Pelusio (3.5.6) y otros a algún punto indeterminado de la costa egipcia, donde pululan los inevitables bandidos (3.5.5; cf. luego 19.2). También después el primer grupo termina por ser atrapado por los mismos bandoleros, que son expresamente llamados (3.9.2) "Vaqueros" y descritos como individuos de alta estatura, de tez negroide -como "la de un mestizo etíope"- y que se expresan en "una lengua extraña".

Estamos, pues, ante la estampa del "bárbaro" en su peor y doble sentido, físico y cultural, y también ante el tópico folletinesco del bandido siniestro, que tendrá su culminación en Heliodoro. El nombre genérico de estos bandidos (*Βουκόλοι*) puede recordar el de los "pastores" de Jenofonte de Éfeso (un término que se reitera en Diodoro 1.43.4) y coincide con los datos ofrecidos por Estrabón, Casio Dión, la *Historia Augusta* y algún papiro al que nos referiremos más adelante. Pero el tema ofrece unas dificultades que han levantado polémicas y, aunque lo hemos estudiado detenidamente en el citado homenaje a Presedo, conviene que aquí insistamos en que los dos novelistas se refieren a hechos bien diferentes, si bien éstos tienen en común la indiscutible vinculación con una realidad turbulenta. No se entiende por tanto la constancia con que tantos autores, entre ellos Rohde³¹, los editores de Heliodoro en *Les Belles Lettres* (p. 9 n.), F. Altheim³², E. Vilborg³³, E. Feuillat³⁴, Henrichs³⁵, Scarcella³⁶ y otros han identificado tan gratuitamente a los bandidos de Jenofonte de Efeso con los "Vaqueros", sobre todo cuando ya Sethe en una vieja contribución a la *RE* (III 1, 1897, 1013) los distinguió con toda precisión. Geográficamente los "Vaqueros" estaban asociados a la zona del Delta, por más que estuvieran ligados a un régimen de trashumancia, y desde un punto

³⁰ Encontramos el mismo uso ("los sátrapas del Faraón": 1.4) en el autor anónimo de *José y Asenat*, interpretable en la misma línea.

³¹ E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer* (reed. Darmstadt 1960) 420 n. 1 y 480 n. 1.

³² *Literatur und Gesellschaft im ausgehenden Altertum I* (Halle-Saale 1948) 95 y 119 ss.

³³ *Achilles Tatius, Leucippe and Clitophon. A Commentary* (Göteborg 1962) ad 3.9.2, y remitiendo expresamente a las observaciones de Altheim.

³⁴ *Étude sur les Éthiopiennes d' Héliodore* (Paris 1966) 36.

³⁵ En su ya mencionada edición de Loliano, p. 50.

³⁶ "Metastasi narratologica del dato storico nel romanzo erotico greco", *Atti del Convegno Internazionale "Letterature classiche e narratologia"* (Università di Perugia 1981) 344 y 357 s.

de vista social eran tenidos tradicionalmente por gentes groseras y salvajes, lo que respondía sin duda a la dura realidad de unas miserables condiciones de vida: son la "ferox natio" de San Jerónimo³⁷, cuya pésima fama debe remontarse, aunque quizás no necesariamente fuera de Egipto, a fechas muy antiguas.

Pero todavía queda un aspecto, mucho más interesante para nosotros, y que es de nuevo el de la cifra de los bandidos. En el momento crítico del enfrentamiento con el ejército regular se nos da la de diez mil combatientes en aquel bando (3.14.1; 24.1), una cantidad que puede volver a inducirnos a pensar en la técnica del "sobrepajamiento" retórico, al igual que el título de "rey" (3.9.3) dado a su cabecilla. Y, sin embargo, cabe sospechar que Aquiles Tacio ha tenido presente, tal como se ha señalado ya hace tiempo, un episodio real, la revuelta que, en el precario extracto de Xifilino, conocemos por Casio Dión (71.4.1 s.)³⁸, que dio fama al nombre de los "Vaqueros" y aconteció en el año 171 ó 172. Fuera de algunos detalles, como el que fuesen dirigidos por un sacerdote llamado Isidoro, ciertos aspectos del relato del novelista parecen muy claramente un eco, todo lo reelaborado que se quiera, de lo narrado por el historiador: así, la añagaza del disfraz femenino y de la fingida súplica y rescate o el número nutrido de rebeldes, que llevó a la autoridad romana a evitar el enfrentamiento directo, o la propia gravedad de la rebelión, que amenazó a la misma Alejandría. Si esta interpretación es correcta, en Aquiles Tacio tendríamos un reflejo novelado en esa alta cifra de bandidos, muy superior a la de la tropa que en principio se le enfrenta, en el engaño referido en 4.13, con una procesión de suplicantes ancianos, en el intento de soborno, en la muerte del comandante (un simple centurión en Casio Dión) en 4.14.4, y naturalmente en la derrota final de los sublevados, aquí en la forma de un combate. Incluso del ritual sangriento que se lee en el historiador, con el que se conjuran los rebeldes, podría haber otro eco en nuestro autor, en el falso sacrificio de la protagonista y la comunión de sus carnes (3.19.3 ss.), si bien en este caso es muy sugestiva la interpretación de J. Schwartz³⁹ como mera emulación de un episodio de Jenofonte de Éfeso (2.13.1 s.), en el cual sin embargo no hay rastros de comunión caníbal, que sí está como elemento común en Aquiles Tacio y en Casio Dión.

Es una hipótesis, pues, muy razonable, y compartida ya por autores como Schwartz, Henrichs y otros, que Aquiles Tacio se ha inspirado en un suceso que debió tener ciertas repercusiones no ya en la zona sino en todo el Imperio, a lo que pudo contribuir el hecho de que su protagonista romano, Avidio Casio, se alzase poco después desde el mismo Egipto como emperador, con los resultados negativos que conocemos. La fecha asignable a la novela es perfectamente coherente con esta hipótesis, ya que pudo escribirse poco después de la sublevación. En

³⁷ Citado, de su *Vita S. Hilarii*, por Rohde, *op. cit.*, 480 n. 1.

³⁸ Cf. también las noticias de la *Historia Augusta* (*Marc. Ant.* 21.2 y *Avid. Cas.* 6.7), coincidentes con las de Casio Dión. Vd. más adelante para otro testimonio.

³⁹ "Quelques observations sur des romans grecs", *AC* (1967) 544.

cambio, ya hemos descartado que haya reminiscencias de ella en Jenofonte⁴⁰, que debió escribir antes de estos sucesos. Estos tuvieron, suponemos, sólo un vago carácter nacionalista, contra la vieja tesis de J. G. Milne⁴¹, pero sí sobre todo social, y seguramente con una fuerte dosis de fanatismo religioso. Su solución no fue cuestión liviana ni breve, lo que nos demuestra que no se trató de un mero estallido momentáneo, sino de una grave crisis. El que Heródoto (2.45) rechace la existencia de sacrificios humanos en Egipto en su tiempo no tiene por qué tener una significación decisiva en la calificación que demos a los datos tanto de Casio Dión como de Aquiles Tacio, habida cuenta de que debió tratarse de un momento de exacerbación de los sentimientos y quién sabe si de retorno a hábitos más que primitivos, sobre todo en el contexto del ínfimo nivel social y cultural de estos pobladores del Delta. Puede dársele, por consiguiente, la razón a J. G. Griffiths, en contra de la radical postura negativa de J. J. Winkler⁴². Éste exagera sin duda cuando todo lo fía a la finalidad dramatizante, negando una cierta validez a lo referido por Casio Dión⁴³. Aun estando de acuerdo con su análisis, según el cual Casio Dión maneja tópicos retóricos y "must be read from the point of view of Roman fear in Alexandria" (p. 177), ello no es un argumento para quitarle validez a lo esencial de su información. El propio Winkler se ve forzado a reconocer finalmente que la tesis de que de la ficción de Aquiles Tacio pudo derivarse una falsa realidad "histórica" es demasiado simplista e inaceptable. Pudo crearse, y bien pronto, una cierta leyenda novelesca en torno a aquellos sucesos, explotada por el género que nos ocupa, pero el hecho es innegable y de su gravedad, y, de paso, de que no se limitó a un área reducida ni sólo próxima a Alejandría, da cuenta un documento no manejado por Winkler y altamente expresivo de una tremenda realidad⁴⁴. El escenario de los hechos ahí descritos es el *nomos* Mendesio, que puede imaginarse también como escenario verosímil del episodio de Aquiles Tacio. Pero el peligro de ser saqueado en cualquier punto del Delta no sería infrecuente, y el *P. Strasb. 233*, del siglo III⁴⁵, nos ofrece un escalofriante testimonio directo; en un contexto así podemos imaginar a qué grados de ferocidad se pudo llegar en un suceso como el de los "Vaqueros" rebeldes de los últimos años del reinado de Marco Aurelio. Un

⁴⁰ Éste es un argumento de mucho peso contra la teoría de Schwartz, "Quelques remarques sur les *Ephesiaques*", *AC* 54 (1985) 203, sobre una segunda y torpe redacción abreviada del texto de Jenofonte, que habría sido ya influida, para el episodio "egipcio", por la novela de Aquiles Tacio

⁴¹ Discutida muy convincentemente por R. Mac Mullen, "Nationalism in Roman Egypt", *Aegyptus* 44 (1964) 179-199.

⁴² "Lollianos and the Desperadoes", *JHS* 100 (1980) 167 n. 59. El trabajo de Griffiths lamentablemente no nos ha sido accesible.

⁴³ En cambio, como ya adelantábamos, estamos de su parte en su rechazo (p. 175 n. 96) de cualquier relación verosímil, con los datos que ahora poseemos, del texto de Loliano con este episodio de los "Vaqueros", defendida por el editor Henrichs. Sólo algún afortunado hallazgo papiráceo podría decidir en sentido contrario la cuestión.

⁴⁴ Nos referimos al papiro *Thmuis I*: cf. para sus ediciones parciales D. W. Rathbone, "Villages, land and population in Graeco-Roman Egypt", *PCPhS* 216 (N.S. 36, 1990) 140 n. 32.

⁴⁵ Cf. A. K. Bowman, *Egypt after the Pharaohs, 332 BC-AD 642* (London 1986) 153.

bandidaje endémico, nutrido abundantemente por los *ἀνακεχωρηκότες*, prácticamente fuera de la ley, pudo transformarse con facilidad en una sangrienta revuelta de grandes proporciones, de la que todavía Heliodoro, como veremos, se hace eco en cierto modo mucho tiempo después.

La etapa siguiente y última de nuestra indagación recae sobre la novela de Heliodoro. Si éste es veraz, y no tenemos razones para pensar lo contrario, nació en la fenicia Émesa, pero sitúa el marco geográfico de su obra en tres lugares principales: Egipto, Delfos y Etiopía. Delfos debe su importancia en el texto al trasfondo místico y apolíneo (Apolo como dios solar) de la novela; Etiopía al hecho de ser la utópica meta, también mística (o mejor, místico-teocrática), del relato, con aspectos en que evidentemente es confundida con la mitificada India⁴⁶, y Egipto como necesaria etapa intermedia y aglutinante de la trama narrativa. En este último caso es evidente que la elección de Egipto como escenario está condicionada no ya sólo por su aureola religiosa sino también por ser un país donde podían o se suponía que podían ocurrir sucesos que hubiese sido mucho menos verosímil que tuviesen lugar, por ejemplo, en Atenas o en Efeso.

Egipto y los bandidos del Delta están ya en el arranque espectacular del relato. La espléndida escena inicial ocurre justamente en "la boca llamada Heracleótica" (1.1.1; cf. luego 5.27.7), es decir la identificada con la Canópica o más occidental en Diodoro (1.33.7), un escenario hasta ahora desusado en el género para las actuaciones de los inevitables saqueadores, si bien probablemente anduvieron también por sus inmediaciones aquellos ubicuos bandidos de Hipótoo en la historia de Jenofonte de Éfeso. Por lo demás, resulta bastante absurdo el comentario de los editores de Heliodoro en *Les Belles Lettres* (en n. *ad loc.*) cuando afirman que "il est tout naturel que le romancier ait situé cette aventure de brigands dans une région proche du désert libyen". Como ya se ha visto, el bandidaje novelesco afecta al Delta en general o en todo caso, como en Jenofonte de Éfeso, a la zona al este de Pelusio, pero nunca hasta ahora está relacionado con el desierto líbico. Otra cuestión diferente es que Heliodoro imagine esa costa de un modo un tanto irreal, con cumbres, cuando en realidad es una mezcla de arenal y pantanos. Muy poco después sin embargo el escenario es descrito como la típica marisma déltica (1.5.2 ss.) de un modo que es difícil que sea ajeno a la influencia de Aquiles Tacio, aunque ha de reconocerse que son variados los textos antiguos en que Heliodoro pudo inspirarse.

Los bandidos, como en Aquiles Tacio, son retratados con rasgos siniestros: de tez oscura, desaseados (1.3.1) y expresándose en una lengua muy ajena al griego de los protagonistas (1.3.2). La comarca es llamada expresamente la "Vaquería"

⁴⁶ Cf. S. M. Marengo, "L'Etiopia nel romanzo di Eliodoro", en *ΓΕΩΓΡΑΦΙΑ. Atti del Secondo Convegno Maceratese su Geografia e cartografia antica...*, a cura di P. Janni-E. Lanzillotta (Roma 1988) 105-120, en especial 113. Ya antes T. Szepessy había dedicado unas interesantes páginas a este tema: "Die Aithiopika des Heliodoros und der griechische sophistische Liebesroman", *AAnthung* 5 (1957) 241-259.

(*Βουκολία*: 1.5.2), un lugar no estrictamente identificable, a pesar de la opinión igualmente disparatada de los mencionados editores de *Les Belles Lettres*, con "la région de Pérouse". No ha de olvidarse que ya Estrabón situaba el campo de operaciones de unos polémicos "Vaqueros" antiguos en la isla de Faro⁴⁷, así como que alguna vez se utilizó el nombre específico de *Ἡρακλεοβουκόλοι*⁴⁸. Es la comarca en la que, según Heliodoro, "viven en comunidad todos los bandidos egipcios" (*ὅσον Αἰγυπτίων ληστρικὸν πολιτεύεται*: 1.5.3), ya que por sus condiciones naturales es idónea para que "también afluyan a ella los que llevan esta clase de vida" (*διὸ καὶ συρρεῖ ἐπ' αὐτὴν ὁ τοιοῦτος βίος*). Se trata ahora claramente de un tipo de bandidaje endémico (cf. luego 6.13.2), ajeno en principio a cualquier levantamiento, ni patriótico ni de ninguna otra especie. Del que en varias ocasiones es llamado simplemente "jefe de los bandidos" (*λήσταρχος*: 1.4.1, etc.) y que parece dominar sobre una vasta colectividad como un auténtico señor autónomo, se dice en una ocasión que sus súbditos lo acogen "como a un rey" (*οἴονεὶ βασιλέα*: 1.7.1), una matización realista de aquel tratamiento que ya vimos en Aquiles Tacio⁴⁹. Que luego este individuo, Trámis, resulte ser "hijo de un sacerdote de Menfis" (1.19.4), es decir de Calasiris, y destinado él mismo al sacerdocio, no es razonable que sea puesto en relación con la noticia de Casio Dión sobre el sacerdote Isidoro. Es un hecho que forma parte de la trama místico-novelesca de Heliodoro y no debe ser sacado de su contexto.

Igualmente nos parece un ejercicio un tanto inútil el practicado por A.M. Scarcella⁵⁰ cuando se plantea la cuestión de en qué momento histórico sitúa Heliodoro su relato. Según él, debe excluirse el siglo IV por la simple razón de que no se aduce noticia alguna de los soberanos de las dinastías XXVIII-XXX, con sólo la referencia a un sátrapa como centro de poder, con lo que por exclusión quedamos reducidos a los siglos VI-V, e incluso más concretamente al tiempo en torno al reinado de Darío I o alrededor del año 460, es decir la fecha de la citada revuelta de Inaro y Amirteo. Pero todas estas conjeturas parten de un principio más que dudoso: que un autor como Heliodoro se haya planteado la elección de un momento histórico muy preciso para su relato. Ya es bastante que haya optado por los siglos del dominio persa en Egipto, pero éste es un hecho que simplemente le venía heredado de la más antigua tradición del género. Sobre esta base muy vaga y amplia se construye una trama en la que pueden amalgamarse ecos de lecturas diferentes y que pueden referirse, si son de extracción histórica, a sucesos de épocas muy diversas. Estamos ante una coherencia novelesca; al igual que no cabe exigir una

⁴⁷ De este tema hemos tratado también en nuestra ya citada contribución al homenaje al Dr. Presedo.

⁴⁸ Cf. art. *Βουκόλοι* en *RE* III 1 (1897) 1013, de Sethe.

⁴⁹ No es difícil sospechar que ambos novelistas se hayan inspirado en Th. 1.110.2, donde se llama "rey de los pantanos" al cabecilla egipcio Amirteo. Este episodio parece haber influido sobre todo en Heliodoro (vd. más adelante).

⁵⁰ "Testimonianze della crisi di un'età nel romanzo di Eliodoro", *Maia* N. S. 1 (1972) 12 s. y n. 11.

precisión geográfica, tampoco tiene sentido exigir una coherencia histórica. O, con otras palabras, Heliodoro ha optado sin más por reflejar los tiempos "históricos" de Caritón, y por tanto en líneas generales la época "clásica"⁵¹. Pero se trata de un simple marco y los materiales también "históricos" con los que este marco es susceptible luego de rellenarse pueden responder sin escrúpulo alguno al más perfecto anacronismo.

De nuevo, como en Aquiles Tacio, asistimos a un combate a gran escala entre una nutrida banda y una tropa, que luego será identificada como también de malhechores, ahora al servicio del hermano de Tíamis, el usurpador Petosiris (1.33.2). De creer a Heliodoro, al menos esta zona del Delta sería un punto negro, hasta tal grado que resulta impensable que navegante o viajero alguno se aventurase, de ser tal la realidad, a través de ella, haciendo por tanto paradójicamente impracticable a su vez el bandidaje, y menos aun a esta tan amplia escala. Es más, una población como Quemis (2.18.5) está construída, según el relato, en una elevación del terreno justamente para defenderse de esta amenaza. También al igual que en Aquiles Tacio una población, Besa, que como tal topónimo es hasta ahora inidentificable, aparece como un reducto de los "Vaqueros", acaudillados por Tíamis. Y, en fin, tal vez siguiendo en parte los pasos de Caritón, Heliodoro termina por transformar el vulgar bandidaje en una insurrección antipersa, que nos lleva a una guerra en gran escala. Culmina así un proceso bélico gradual, iniciado en aquel simple acoso de saqueadores del arranque del relato, hasta alcanzar este ambicioso nivel caritoniano. Los rebeldes de Besa, a los que el novelista sin embargo sigue llamando "bandidos" (cf. 7.1.2), ponen sitio a Menfis, la capital de la satrapía, en un episodio en el que con bastante razón se ha visto una influencia de Tucídides (1.104 y 109 s.)⁵², tal como ya adelantábamos. El tema, como en Caritón, también en Heliodoro bien puede derivarse de noticias sobre alguna sublevación egipcia contra el dominio persa conocidas precisamente a través de la historiografía griega. Un dato añadido es que en el pasaje tucidídeo (110.2) se subraya la extremada belicosidad de los nativos délticos, una nota que se repite en el novelista (6.13.2). Pero que Heliodoro conoce la novela de Aquiles Tacio parece fuera de toda duda y la influencia de éste, por más que haya múltiples elementos que separen a ambos, es indiscutible. Por ello la afirmación de que Heliodoro no se ha inspirado directamente en la revuelta de los "Vaqueros" del 171-2, sino en todo caso en su reelaboración por Aquiles Tacio no es en principio rechazable. Lo que sí es evidente es que los "Vaqueros" de Heliodoro están al servicio de su relato, tanto en su relación con los protagonistas como en su papel de instrumento para reponer a Tíamis en el cargo usurpado, pero sobre todo como elemento de máximo dramatismo y catalizador de la mayor parte de la violencia desplegada en su narración.

⁵¹ Para el caso de éste y de los diversos materiales históricos que maneja cf. una detallada discusión en P. Salmon, "Chariton d'Aphrodisias et la révolte égyptienne de 360 avant J.-C.", *CE* 36 (1961) 365-376.

⁵² Así concretamente Feuillatre, *op. cit.*, 39 n. 2.

Después de este examen, por fuerza apresurado, del material que los diversos novelistas, a partir sobre todo de Jenofonte de Éfeso, nos proporcionan acerca de Egipto como ámbito de connotaciones extremadamente negativas, aunque sin olvidar por supuesto que, en especial en Heliodoro, también es un país de grandes atractivos más acordes con la vieja aureola del "milagro", es hora ya de que retomemos nuestra tesis inicial sobre la relación entre este país y el género novelesco y lleguemos así a unas determinadas conclusiones.

A la vista de estos datos parece ahora fuera de toda duda que en las primeras etapas de la historia del género Egipto es propiamente ajeno a su marco geográfico típico y que es a partir de un momento concreto, que, según nuestros presentes conocimientos, podemos identificar con el de Jenofonte de Éfeso, cuando adquiere esa ascendencia, tan destacada luego en Aquiles Tacio y Heliodoro. El tradicionalmente aceptado "milagro egipcio" podría ser por sí solo una razón válida como motivo, si no existiese esa laguna inicial. Un interés tardío en función de la fama de tal "milagro" sería posible desde luego, sobre todo por vérselo hermanado con el creciente influjo de la religiosidad egipcia en los dominios del Imperio. Pero, como ya se anticipó, ésta se nos muestra como una motivación insuficiente. Es claro que si, en el caso de Jenofonte, Egipto, como meta piadosa marcada por el oráculo, en una importante novedad introducida por él en el género y en consonancia con su profundización del nivel religioso, puede ser aún un foco de espiritualidad, esta razón no tendría peso alguno para la novela de Aquiles Tacio y tampoco sería contundente para la de Heliodoro, cuya meta utópico-mística es propiamente Etiopía. Los ingredientes que conlleva en estos tres novelistas el relevante papel de Egipto no tienen, por tanto, una explicación en un único sentido. En el mencionado "milagro" entran componentes religiosos, pero también sapienciales, resaltados, en el caso de la novela, sobre todo por Heliodoro y, en grado menor y más realista, por Aquiles Tacio. Sin embargo, otros elementos, prioritarios en la novela, como son los de la aventura y la agresión, parecen haber encontrado en Egipto un campo extraordinariamente propicio, y son extraños a cualquier faceta del tradicional "milagro". Unos datos estos en que los estudiosos de la novela apenas han reparado, así como tampoco en aquel otro de la traslación del núcleo geográfico principal del género desde Asia Menor a Egipto. El motivo de aquella inadvertencia puede estar en el hecho de que la agresión y la aventura son en las novelas fenómenos de total ubicuidad, de suerte que acompañan a los protagonistas como sus propias sombras. No obstante, por recordar un hecho que no por bien conocido ha sido debidamente aprovechado, esta violencia, que con Jenofonte y Aquiles Tacio se desplaza básicamente hacia Egipto, es a la vez en ambos novelistas una violencia contemporánea y no remitida a un pasado distante, lo cual puede entenderse como un indicio muy significativo de un cambio de orientación del género, coincidente con el aspecto que estamos estudiando.

Agrupados todos estos sumandos, parece obligado llegar a una conclusión: el interés por Egipto se despierta en un momento del desarrollo del género en que

debe haber influido no sólo una posible renovación del aprecio positivo de aquella antigua aureola piadosa y sapiencial, sino también y quizás preponderantemente una cierta y contrapuesta mala fama, la de ser un país con particulares irregularidades sociales que permitían situar en él con mayor verosimilitud sucesos ficticios ya de datación antigua, ya incluso contemporáneos, y en que, desde la perspectiva de un público lector, pudiese esperarse una alta dosis de morbosidad. Una tesis que es la única que, en nuestra opinión, permite que todos los datos anteriores formen un todo coherente, descartándose su asociación por un mero azar.

Pero aún podemos dar un nuevo paso. En estas últimas décadas se han publicado algunos trabajos en que con excelente olfato investigadores como Baldwin y Davies han resaltado el grave nivel de delincuencia atribuible a Egipto en los siglos imperiales⁵³. Y sería demasiado fácil, pero también discutible, vincular los datos que nos aportan con nuestra tesis. El que un buen número de papiros recojan denuncias de atracos, asaltos e incluso crímenes, y esto a lo largo de varios siglos, no debe sorprender a nadie ni menos sirve para demostrar que Egipto fuese en la realidad mucho más peligroso que cualquier otra zona del Imperio, incluida la propia capital romana. Un violento atraco, con muertes, como el narrado en el *P. Strasb. 233*, del siglo III, citado por A.K. Bowman⁵⁴, es un suceso que a buen seguro podría haber ocurrido fuera de Egipto y en cualquier fecha. Y que el bandillaje no pocas veces tuviese en ese país un serio competidor en los propios destacamentos militares, entregados por sus propias funciones administrativas, fiscales y policíacas a frecuentes abusos y excesos⁵⁵, tampoco fue un hecho privativo de Egipto. La delincuencia, la inseguridad de los caminos y aun de las calles de las poblaciones, la piratería (abastecedora de los mercados de esclavos), etc., debieron ser ingredientes nada raros en la vida de los ciudadanos de cualquier zona del Imperio. Sólo que para Egipto y gracias a los papiros poseemos una muy nutrida información. Y a la vez no ha de olvidarse que este país fue meta de una importante corriente turística, que corrobora que no podía ser ese negrísimo punto que informaciones parciales y concentradas sobre el papel parecen mostrar. Tampoco una tesis como la tan conocida de J. G. Milne sobre la supuesta degradación económico-social de Egipto precisamente a partir del momento de la ocupación romana puede aceptarse hoy sin más, y C. Préaux⁵⁶ ha mostrado que durante los siglos iniciales de tal dominación la situación económica del país se mantuvo bastante estable, hasta la crisis del siglo III.

⁵³ B. Baldwin, "Crime and Criminals in Graeco-Roman Egypt", *Aegyptus* 3/4 (1963) 256-263 (reed. en *Studies on Greek and Roman History and Literature* [Amsterdam 1985] 505-512), y R. W. Davies, "The Investigation of some Crimes in Roman Egypt", *AncSoc* 4 (1973) 199-212. También el ya mencionado artículo de Rathbone (cf. n. 41) ofrece una sustanciosa información, aunque su fin sea otro muy diferente.

⁵⁴ *Op. cit.*, 153.

⁵⁵ Cf. por ejemplo Bowman, *op. cit.*, 84.

⁵⁶ "La stabilité de l'Égypte aux deux premiers siècles de notre ère", *CE* 31 (1956) 311-331.

No es, pues, posiblemente el problema la densidad delictiva real, incluso en el caso de que fuese efectivamente mayor en Egipto que en otros ámbitos del Imperio. Lo que nos importa es destacar que las noticias sobre violencias en Egipto suponían llover sobre mojado, por cuanto desde antiguo se puede constatar la existencia de ese "antimilagro" que tantas veces hemos citado y que generó una pésima fama. No es absolutamente claro sin embargo, y a pesar de lo que afirma Froidefond, que esta mala reputación sea patente sobre todo en géneros literarios de más amplio influjo y en los que el aspecto sapiencial apenas podía tener presencia, como es el caso de la Comedia Antigua por ejemplo, en la que ya el mismo verbo *ἀλυπτιάζειν* (así en Ar. *Th.* 922) tiene connotaciones negativas. Las citas que implican censuras contra los egipcios (a los que suelen acompañar en este desairado papel otros pueblos orientales, como los fenicios) se dan en autores como Esquilo, incluso el propio Platón⁵⁷, Teócrito, Propertio o Cicerón, ninguno de los cuales puede ser tildado precisamente de cultivar géneros populares⁵⁸. Es más, como se ve en Platón, en un mismo escritor pueden coexistir las dos tendencias, que es justamente lo que ocurre en novelistas como Aquiles Tacio y Heliodoro.

El mito de Busiris seguramente simbolizaba ya el aspecto negativo de la opinión sobre Egipto entre los griegos desde muy antiguo, y no es sorprendente que fuese este mito el que llevara a Eratóstenes a discutir una cuestión como la de la fama de inhospitalarios de los egipcios, según leemos en Estrabón (17.1.6 y 19)⁵⁹. En cierto modo el tema de este mito se vio renacido en la figura de Teoclímeno en la *Helena* de Eurípides. Y, en época imperial ya, la permanente inquietud de la ciudad de Alejandría, de acrecentada prosperidad sin embargo, no podía sino contribuir a arraigar en la imaginación popular esta sombría imagen, que poetas romanos como Propertio (3.11), Marcial (4.42) o Juvenal (15) explotan magistralmente. La misma curiosa demora con que Roma procede a la anexión de Egipto, que puede muy bien haber respondido a consideraciones de política general⁶⁰, ha sido explicada en ocasiones por las reservas romanas ante la conflictividad egipcia, sin que tampoco pueda olvidarse el peligroso papel que, potencialmente, le cabría desempeñar a Egipto, gracias sobre todo a su producción agrícola, con riesgo para la estabilidad del Imperio y que forzó la política preventiva de la *Aegyptus seposita*, un tema del que nos habla Tácito (*Ann.* 2.59), sin que este riesgo tuviese nada que ver con una peligrosidad real, tal como nos lo muestra el despreocupado viaje de Germánico, narrado por el mismo autor (*ibid.*). De conflictividad y de riesgo continuo de revueltas nos hablan escritores como Dión de Prusa (32.71) y Casio

⁵⁷ En *Leyes* hay tanto elogio (cf. 656 d-e) como crítica (747 c). En este último pasaje el término *πανουργία* recuerda por supuesto el uso de idéntico concepto en el lugar citado de Aristófanes.

⁵⁸ Un catálogo de citas puede verse en el comentario a Theocr. 15.4 en la edición de A. S. F. Gow (II, ed. rev., Cambridge 1952). Pero este repertorio puede fácilmente ampliarse.

⁵⁹ Hemos discutido estos interesantes textos en nuestra contribución al homenaje citado.

⁶⁰ Cf., en este sentido, por ejemplo, W. V. Harris, *Guerra e imperialismo en la Roma republicana* (trad. esp., Madrid 1989), sobre todo 152 ss., el cual no obstante deja entrever la posibilidad también de la segunda causa.

Dión (42.34.2; 51.17.1 s.; 65.8.7). La *Historia Augusta* (5.5) recoge alguna fugaz noticia sobre una sublevación incluso durante el próspero y pacífico reinado de Antonino Pío. Y, aunque este fenómeno desborda los límites de Egipto, no está de más observar aquí que para los romanos este país pertenecía al continente más ignoto y oscuro, al que un poeta como Lucano puede relegar el ámbito mítico⁶¹. La misma ciudad de Náucratis, con su permanente pugna entre las facciones y con un estado que posiblemente era extensivo al resto del país, resultaba nada atractiva para los "neosofistas" nativos, sin que pueda entenderse el asombro que este dato suscita en Bowersock⁶²: Egipto no era ya sin duda un ámbito propicio para las ambiciones intelectuales. Pero, con todo, estos múltiples aspectos negativos no lo convertían en un caso de grave excepcionalidad real en el contexto del Imperio.

Todo un panorama, pues, en el que Egipto, o por mejor decir los egipcios, como en época romana sus colegas de peor reputación, los judíos, son el centro de unos vivos recelos y hasta de una animadversión que van más allá de un sentimiento corriente de xenofobia. En este ambiente no puede sorprender un documento como es la elegía 3.11 de Propercio y tampoco la mucho más sombría sátira 15 de Juvenal. Este último texto no es en realidad sin embargo sino un morboso compendio del desprecio expresado en otros momentos por el poeta hacia los egipcios⁶³. El relato de un acto de canibalismo colectivo, seguramente explicable en un contexto ritual⁶⁴, con detalles, fecha y lugares muy precisos, posee una extrema verosimilitud y concuerda perfectamente con textos que suelen aducirse de Plutarco y de Suetonio⁶⁵, por no hablar del episodio de los "Vaqueros" que ya hemos comentado. La estricta realidad no cuenta mucho para nosotros sin embargo ni el contraste que podía haber entre un suceso de este tipo y la civilizada prosperidad del país⁶⁶. Justamente el contraste, y sobre todo el que se da entre el "milagro" y el "antimilagro egipcio", es un punto en que venimos insistiendo, tal como lo hace también acertadamente J. Gérard⁶⁷ cuando confronta tal pésima reputación con la muy conocida curiosidad romana hacia Egipto. En este cúmulo de datos todo concuerda: el interés popular y la mala fama son el cimiento sobre el que fabrican sus argumentos los novelistas, puesto que el espíritu de los lectores griegos en este punto era plenamente coincidente con el latino.

⁶¹ Sobre este hecho cf. P. Grimal, "L'épisode d'Antée dans la 'Pharsale' ", *Latomus* 8 (1949), en especial 58 s.

⁶² G. W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire* (Oxford 1969) 20 s.

⁶³ Cf. sobre todo referencias como la de Isis alcahueta en 6.489 o la "Niliaca plebs" de 1.26.

⁶⁴ Cf. las oportunas aclaraciones de B. B. Powell, "What Juvenal saw: Egyptian Religion and Anthropophagy in *Satire* 15", *RhM* 122 (1979) 185-189.

⁶⁵ *De Iside et Osiride* 72 y *Nero* 37.4, respectivamente.

⁶⁶ Contraste en que insiste un tanto ingenuamente A. Serafini, *Studio sulla satira di Giovenale* (Firenze 1957) 63.

⁶⁷ *Juvénal et la réalité contemporaine* (Paris 1976) 385-387.